

Segunda parte: el judaísmo contemporáneo

Pos-modernidad, diáspora e individuación del judaísmo

Bernardo Sorj

SciELO Books / SciELO Livros / SciELO Libros

SORJ, B. Pos-modernidad, diáspora e individuación del judaísmo. In: *Judaísmo para todos* [online]. Rio de Janeiro: Centro Edelstein de Pesquisas Sociais, 2011, pp. 68-73. ISBN: 978-85-7982-056-4. Available from SciELO Books <<http://books.scielo.org>>.



All the contents of this chapter, except where otherwise noted, is licensed under a Creative Commons Attribution-Non Commercial-ShareAlike 3.0 Unported.

Todo o conteúdo deste capítulo, exceto quando houver ressalva, é publicado sob a licença Creative Commons Atribuição - Uso Não Comercial - Partilha nos Mesmos Termos 3.0 Não adaptada.

Todo el contenido de este capítulo, excepto donde se indique lo contrario, está bajo licencia de la licencia Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 3.0 Unported.

POS-MODERNIDAD, DIÁSPORA E INDIVIDUACIÓN DEL JUDAÍSMO

Los judíos en la modernidad siempre tuvieron dos desafíos: adaptarse a los nuevos contextos culturales en un mundo en permanente transformación y dialogar/confrontar el judaísmo de la generación anterior. Así, los judaísmos en la modernidad siempre fueron judaísmos generacionales. Esto, por un lado, lo renovó permanentemente, pero, por otro lado, dificultó la capacidad de acumulación de experiencias y de diálogo entre generaciones.

Debemos, por lo tanto, esforzarnos en comprender el contexto en que viven las nuevas generaciones, profundamente diferente de aquel en que se desarrolló el judaísmo en el siglo XX. Vivimos en una fase donde la historia, las ideologías políticas y el racionalismo, aunque no hayan sido totalmente desplazados de la vida cultural, perdieron su impulso como fuente de inspiración de valores y acción colectiva. Son tiempos de “colapso del futuro”, de descreimiento de que la historia traerá una vida mejor, que la racionalidad científica posee respuestas para todas las preguntas y que la política puede satisfacer la subjetividad de los individuos. Tiempos que corroen las viejas respuestas del judaísmo del siglo XX.

La globalización y la homogeneización cultural, el vaciamiento de la vida pública, el cuestionamiento de valores universales y de la razón, la individualización y la búsqueda de la felicidad personal en el lugar de utopías colectivas, son el nuevo sustrato sociocultural en el cual germina el judaísmo contemporáneo.

El mundo pos-moderno, cada vez más global y unificado por los medios de comunicación y por el consumo de masas, presenta simultáneamente un carácter de interdependencia y fragmentación en el cual todos se sienten desenraizados. Los individuos participan de múltiples subculturas “tribales” en constante mutación. Para aquellos que no consiguen convivir con la incertidumbre, con la pérdida de sentido colectivo y con la descomposición de los valores tradicionales, característicos del mundo contemporáneo, la religión aparece como un puerto seguro, en el cual se canjea la libertad por seguridad.

La condición judía en los últimos dos mil años convivió con muchos trazos de la pos-modernidad. El judío, desenraizado, tenía el mundo como referencia y la incertidumbre como parámetro. Cosmopolita, le era natural navegar entre culturas. En este sentido, judaísmo y pos-modernidad presentan elementos convergentes.

De cierta forma, la pos-modernidad “naturalizó” la condición judaica. En la modernidad los judíos eran forzados a una doble subjetividad. En público, debían hacer demostraciones extremas de integración en la cultura nacional, en tanto mantenían en la vida privada sus sentimientos de lealtad judaica. En la pos-modernidad esta bi-polaridad dejó de ser actual. Hoy, tener múltiples identidades es la norma. Las identidades crecientemente tienen referencias sub y supranacionales. Lo que antes aparecía como una anomalía, la diáspora, hoy es un fenómeno universal. Ideologías como el discurso de los derechos humanos o el ecologismo e identidades étnicas o de género, desplazaron la centralidad de la identidad nacional en las democracias contemporáneas. La exigencia de abandonar particularismos étnicos en nombre del internacionalismo no está más en el orden del día.

Si la cultura pos-moderna trajo el fin de las grandes narrativas ideológicas y cuestionó los sueños de un mundo guiado por la razón, ella también permitió una lectura menos rígida y liberadora de las relaciones entre el texto y su sentido. Al postular que toda lectura es siempre una interpretación, el sueño de Spinoza de alcanzar el significado original del texto bíblico perdió sentido, pues todas las interpretaciones son válidas, así como la contraposición entre *pshat* y *drash*, entre el sentido literal y la interpretación. Todos estamos condenados a interpretar pues nadie posee la llave del sentido original.

El joven judío del siglo XXI se distanció del judío del siglo XX, torturado por las preguntas: ¿qué es ser judío?, ¿qué es la identidad judía?, que tenían como telón de fondo la exigencia de tener que elegir entre particularismo y universalismo, entre solidaridad nacional y con el propio grupo, entre tradición y utopía. No es más necesario elegir.

El judaísmo tendría así condiciones de florecer en un mundo que dejó de tratarlo como una aberración y al judío como un inadaptable. Al contrario, el cosmopolitismo, la capacidad de convivir con diversas culturas, se volvió una virtud y es objeto de cursos de especialización. El fin

de las ideologías totalitarias, que excluían todo lo que no se ajustaba a su discurso, es sin duda saludable.

Pero la dinámica histórica es paradójica. En cuanto el mundo se diasporiza, el judaísmo se *desdiasporizó*. Ochenta por ciento de los judíos están localizados en dos países, Israel y Estados Unidos y ninguno de los dos es vivido como exilio.

En hebreo moderno existen dos palabras para referirse a la diáspora, *Galut* (exilio) y *Tfutzot* (diáspora). La primera posee una fuerte connotación negativa, la de una imposición externa, el destino de vivir como minoría oprimida en tierras extrañas. La segunda es neutra, se refiere al hecho de que un grupo se encuentra disperso. La experiencia de los judíos en el mundo hoy es de diáspora y no de exilio, lo que impone la construcción de nuevas narrativas de la historia judía radicalmente diferentes de aquellas que sustentaron la tradición religiosa ortodoxa, valorando la diáspora como fuente de riqueza y condición de sobrevivencia del pueblo judío.

Las nuevas narrativas deben construir una identidad judaica que no tenga como único fundamento historias de persecución y de victimización. La identidad judaica es cada vez más la expresión de una elección positiva, una identidad étnica, en lugar de una identidad estigmatizada. Ella es cada vez más libertad y menos destino.

La revalorización de identidades transnacionales, la globalización, el éxito social de las diáspora judaicas en el mundo, actualmente al abrigo de persecuciones colectivas, re-sitúan el Estado de Israel y la diáspora en una perspectiva renovada. El sueño que orientó al sionismo, de normalización del pueblo judío, parece realizarse en el mundo pos-moderno por la vía inversa, con la condición diaspórica pasando a ser la norma y el nacionalismo un problema, pues, aunque vigente, es un marco ideológico en crisis. Sin embargo, el relativo fracaso, a la luz del siglo XXI, no fue solamente del sionismo, pero sí de todas las ideologías que renovaron el judaísmo en la modernidad, pues el mundo se judaiza y el judaísmo se normaliza por caminos que nadie previó. El mundo se judaiza porque el cosmopolitismo, la circulación internacional y la inserción intercultural son valorados, y el judaísmo se “normaliza” porque la forma diaspórica es cada vez más diseminada.

La valoración de la diáspora y de la condición diaspórica no implica contraponerla al Estado de Israel, que sería un fenómeno del pasado, como algunos intelectuales han argumentado. El estado nacional se debilitó como unidad cultural pero continúa siendo relevante. Lo que debe cambiar son las relaciones entre la diáspora y el Estado de Israel, en un sentido más igualitario y de diálogo, así como se debe reconocer que cada diáspora es diferente de la otra.

El judaísmo es una síntesis exitosa de local/global, de particular/universal. De una identidad estigmatizada, imagen que, en alguna medida, todavía está presente en Europa, se transformó en el Nuevo Mundo, ciertamente en Estados Unidos y en muchos países de América Latina, en una identidad étnica valorada y los casamientos mixtos son crecientemente percibidos por los no judíos como un paso de integración en una comunidad que es vista en forma positiva.

Las nuevas condiciones culturales son diferentes de las de los siglos pasados, orientadas por proyectos colectivos influenciados por la filosofía y el sentido de la historia. El judaísmo contemporáneo es cada vez más una construcción individual, que enfatiza lo particular y no lo universal, que se alimenta de los más variados discursos y corrientes disponibles en el mercado cultural, pero no se subordina a ninguno de ellos. Así, el judío pos-moderno recuerda las prácticas e instituciones judías de forma esporádica o en contextos particulares – nacimientos y muertes, casamientos y Bar/Bat-Mitzvot, enfermedades, pérdida de los padres y abuelos o crisis existenciales.

En el interior del judaísmo surgen movimientos que procuran integrar las ideologías en boga – feminismo, ecología –, no tanto como una traducción del judaísmo en el lenguaje de las ideologías universales, sino como esfuerzos de actualización de la tradición. A su vez, tradiciones esotéricas y místicas, como la kabalá, fueron reembaladas como discurso de auto-ayuda y se transformó en un producto de “exportación” extremadamente exitoso.

En el mundo pos-moderno, los judaísmos modernos tienden a redefinirse, particularmente aquellos que más enfatizaron la identificación de los valores judíos con los valores universales. Al final, lo que más ofrece la cultura moderna es la homogeneidad, de forma que la atracción del judaísmo hoy es su valor de particularizar y generar identidades diferenciadas “light”.

En los tiempos actuales, más aún que en la modernidad, las prácticas e instituciones asociadas al judaísmo dejaron de ser una presencia constante en la vida cotidiana de la mayoría de los judíos, que perdieron la voluntad racionalista, doctrinaria y universalista de las corrientes dominantes en el siglo XX. Así, el judaísmo pos-moderno es un judaísmo individualizado, del cual las personas se utilizan de acuerdo con estados de ánimo y circunstancias. Deja de ser el resultado de la imposición normativa de instituciones que definen estilos de vida, donde lo social prevalece sobre lo individual, para transformarse en una identidad más *light*, donde las instituciones proponen servicios para los individuos, que los utilizan de forma personalizada, modular, *à la carte*.

Este proceso no debe ser visto como algo negativo. La identidad vivida como algo monolítico es una camisa de fuerza, un bunker donde la persona se refugia por no soportar la diversidad de las experiencias culturales que el mundo contemporáneo ofrece.

Si en la modernidad el judaísmo interpelaba al individuo para que dejase de lado sus intereses personales y ayudase a mudar el mundo, en el judaísmo pos-moderno es el individuo quien interpela al judaísmo para encontrar respuestas a sus problemas subjetivos. Inclusive, las más variadas corrientes del judaísmo religioso, de los reformistas a los Luvabitch, pasaron a elaborar sus mensajes como fórmulas de auto-ayuda. El peligro obviamente es transformar el judaísmo en un soporte más de la cultura narcisista de nuestra época.

En la medida en que la identidad judaica es vivida de forma más abierta, ella permite una relación flexible con la diversidad de ofertas culturales que el judaísmo puede ofrecer. Esto lleva a expandir el mercado de consumo de bienes y servicios judaicos, en la medida en que los judíos dejan de vivir su judaísmo en grupos estancos.

Durante las últimas décadas del siglo XX– para cuya cristalización convergieron la Segunda Guerra Mundial, el Holocausto, las guerras de Israel contra los países árabes, el declive del comunismo y una fuerte tendencia a la concentración sociales medios de la población –, las comunidades judías vivieron una tendencia homogeneizadora con la marginalización de corrientes divergentes. Esa situación está llegando al fin. Pero la nueva diversidad interna en el judaísmo contemporáneo no es una repetición de lo que sucedió en el período moderno: lo que era antes una anomalía, la diáspora, pasó a ser

la condición contemporánea del hombre moderno y en lugar de identificación con corrientes ideológicas, el judaísmo pasa a ser una construcción personal, individual, un *bricolage* en constante mutación, en el cual cada uno se apropia de productos de las diversas corrientes.